

ro lo que creo susceptible de conservar.» Y más: «He luchado muchos años por varias ideas: democracia, derechos humanos, etc: si ahora se han conseguido, en buena proporción, varias de estas aspiraciones, ¿cómo no querer conservarlas?». Otra frase, más o menos literal, suya: «Las diferencias ideológicas del otro forman parte de mis expectativas intelectuales».

La verdad una y Trías (28 de marzo)

En el diario *El País* venía hoy un artículo de Eugenio Trías sobre (¿cómo decirlo?) la situación actual de la política española. No se podía observar sin embargo nada concreto, pero sí muchas abstracciones asistidas por la locura. George Santayana escribió en sus *Diálogos en el limbo* que «La locura es parte inseparable y a veces predominante de la vida: todo cuerpo viviente es loco en la medida en que está interiormente dispuesto para la permanencia cuando las cosas que lo rodean son inestables, o está interiormente dispuesto para el cambio cuando, siendo estables las circunstancias, no hay razón para cambiar». Yo creo que Eugenio Trías está empeñado en darle la razón a Santayana dramatizando en su pensamiento esta inclinación constante a la locura. El artículo a que me refiero está publicado en la página de opinión, lo cual acentúa su situación. Trías no toma ningún aspecto de la actualidad sino que dice, en síntesis, lo siguiente: Hay una verdad y quien la oye logra su libertad («La verdad os hará libres»). Los gobiernos de Felipe González (13 años en total) han sido aburridísimos y han consistido en un gran engaño: sus ministros han sido esclavos de un Gran Esclavo, González. No nos dice de qué son esclavos, pero como me aclara inmediatamente Blas Matamoros cuando comentamos el artículo, parece claro que es esclavo de la Mentira. El Presidente conoce la Verdad, la oculta y nos condena a la Gran Miseria. Trías considera que González (el partido socialista) sólo está legitimado por los votos, lo que nos hace suponer, a poco que hayamos leído algo del filósofo catalán, que debería estar legitimado también por el Espíritu, con lo cual vaya usted a saber de qué demonio está hablando. Considera que la situación gubernamental no es sino una tiranía disfrazada y la democracia una dictadura de *facto*. Es decir, que parece lo que no es. Hablando más claro, que si Trías dice que González es un dictador, aunque de *iure* sea demócrata, y que todos sus gobiernos han sido esclavos del gran esclavo que él mismo es, lo dice y lo publica. Vamos, igual que se hacía con Franco. Pero ya saben que el funcionario Trías sigue en su puesto, cosa por la que yo daría siete u ocho voces en la calle para que así fuera. Señores, esto es insostenible, hemos llegado al final, la realidad ha sido secuestrada, no hay tiempo que perder, les

exhorto, a los de las más altas instituciones y poderes del país, encarecidamente, a que mediten sobre una sentencia sabia que yo he asumido y que me ha hecho tan sabio y tan libre, dice Trías, y es la siguiente: «es mejor un horror final que un horror sin final».

Tengo a mano otra cita de Santayana (filósofo que hay que tomarlo a sorbos, y del que decía Bertrand Russell que había un fondo profundamente reaccionario en su pensamiento, pero sorbeteado lo doy): «La posesión de la verdad absoluta (...) es incompatible con el hecho de estar vivo, porque excluye toda situación particular, órgano, interés o fecha de observación. La verdad absoluta es precisamente idescubrible porque no es una perspectiva». Trías ha expulsado la perspectiva. Exaltador del profeta, del visionario romántico, tarea que reivindica para el filósofo y que sin duda cree encarnar, Trías ve en el espíritu de la historia la Verdad, y ésta se le revela a él, obviamente –y no por un acto razonador y razonable–. Poseído por esta verdad entrega a las altas instancias, a las cuales parece dirigir su artículo, el *dictum*, también llamado dicho, proverbio o sentencia, de que la verdad nos hará libres. La verdad, impudicamente única, ahistóricamente única, no circunstanciada, ajena al diálogo, excluyendo de sí toda diferencia, matiz o duda; la verdad para todo y para todos, la coincidencia del espíritu y de la historia. Y si la historia no coincide, ¡peor para ella! La Verdad es axiomática porque es obvio que no puede ser explicada, pero lo que pide en su nombre es que el profeta diga verdades como puños, y si las cosas se revelan, verdades a puñetazos. ¿Qué quiere decir Trías, pidiendo responsabilidad a la democracia y al gobierno con eso de que es mejor un horror final? ¿La guerra civil? ¿El asesinato? Porque la forma más habitual de derrocar a un gobierno es por la aritmética desfavorable de los votos. Es un procedimiento relativamente sencillo y supone la libertad y dignidad de la voluntad del ciudadano. ¿Qué quiere decir Trías con que es mejor un final horrible? Ya conocíamos su irresponsabilidad filosófica al cambiar la razón por la teología, aunque de manera encubierta y vergonzante, y ahora insiste en algo que ya era evidente en *El cansancio de Occidente* (en diálogo con Rafael Argullol), su soberbia de teólogo. No, Trías carece de sensibilidad histórica y no diferencia entre la dictadura y la dignidad de nuestra democracia, y abonan esto que digo las frases que he citado y la totalidad de su artículo. Carece de sentido común, de humor y de capacidad de duda. No le importan todos los logros sociales e institucionales conseguidos en los últimos trece años, o si se quiere (y es además justo) en todo el tiempo de nuestra democracia. Le importa la densidad del espíritu, según, claro está, su sensible medidor de tan funesto fantasma sacado del baúl de Hegel y pervertido en los ratos de lánguido ocio. Ni horror final ni horror sin final, Trías está asustado y, como Foulcalt, busca a un Jomeine que, ya que no explicar, elimine las preguntas.

Jünger y la realidad

Ernest Jünger cumple cien años. Confieso que, a pesar de que es un hombre interesante, no me logra simpatizar; pero no puedo sino sonreír cuando leo esta declaración suya: «La realidad me ha defraudado». Jünger ha vuelto a la adolescencia, el momento en que la Realidad nos defrauda porque no responde como queremos a nuestro Deseo. Esta frase ingenua, de quien es poco ingenuo, parece suponer que los deseos del sujeto se dan antes que la realidad, frente a la realidad sin que el deseo mismo sea parte de ella. «La realidad me ha defraudado» es como si dijéramos: el mundo me ha defraudado, yo creía que iba a ser de otra forma. Y la verdad es que en el fondo no está mal, pero vuelve al sujeto una pregunta esperanzada y a la realidad una respuesta fraudulenta. Pero ese sujeto ¿está fuera de la realidad?

Imán (30 de marzo)

Muchas veces olvidamos que la vida es múltiple y que sucede de manera plural. La paranoia imanta la pluralidad a un sólo sentido: el yo amenazado; pero en otros órdenes de la vida, esperamos o buscamos en ocasiones en una sola dirección y le otorgamos a ese sentido la gravitación de todo nuestro vivir. Nos falta algo (amistad, dinero, amor, trabajo) y cargamos en esa ausencia todo el peso de nuestra existencia engañándonos groseramente. Ni es tanto lo que nos falta (todo ese mundo con cuya respuesta nos cumpliríamos) ni tan poco: nada concreto, finito, puede satisfacer del todo al deseo de ser, que es inacabable por definición. Es una simplicidad de nuestro ánimo que responde a una falta de madurez de nuestra experiencia, a una falta de razonamiento de lo vivido. La vida es expansiva o restrictiva, pero siempre más semejante a la onda expansiva (o restrictiva, si pudiera darse en el mundo físico) que a una perspectiva cónica donde todas las líneas tiende a un punto. Difícil es evitar la capacidad de centrar en un punto la variedad de lo que somos o queremos ser, de lo que queremos. Es difícil porque hay una gran verdad en esta pasión (en el enamoramiento, por ejemplo), pero es una pasión que se desvirtúa si olvidamos que ese punto, único y precioso, forma parte de la vida múltiple que lo acoge.

Monir (23 de abril)

Acabo de ver los cuadros recientes (dibujos, acuarelas) del pintor bengalí Monir. Mientras iba hacia su casa, hablando con Denis Long, el